

## Horacio y el imperialismo romano

Por Silvio Villegas

Si hemos de creerle a los historiadores, en la trabajosa marcha del mundo, una de las épocas más felices del espíritu humano fue el siglo de Augusto. A los tumultos del foro, a la sangrienta represión de la guerra civil, sucedió un largo período de auténtica paz romana. El acuerdo con los partos; África, España, el Ponto y la Mauritania subyugados, la promulgación de las leyes sociales que anunciaban un renacimiento de las costumbres, auguraban un destino dichoso. Entre la muchedumbre florecían los místicos anhelos de una palingenesia universal. Todo anunciaba el advenimiento de la nueva era vaticinada por Virgilio, en la égloga a Polión: "Ya ha venido la última edad de la profecía cumea; nace de nuevo una gran serie de siglos. También vuelve ya la Virgen, vuelven los reinados saturnios; ya es enviada del cielo la nueva progenie".

Puede dividirse en dos grandes porciones el reinado de Augusto: un período helenístico y un período de reacción nacional. La primera cosecha de la paz fue una desbordante alegría. La juventud romana se entregó al lujo, a la molición y a los placeres. Fue entonces cuando Tibulo hizo resonar la alta melodía de sus poemas amorosos; cuando Ovidio escribió su "Ars amandi", y cuando Propertio le consagró su lira a Venus y los deseos:

"Que en mi reinado sean los banquetes poblados de mujeres amables...; mi placer es languidecer sobre las coronas de la víspera, pues el dios, hiriendo con golpe seguro, me ha penetrado hasta los huesos."

Ninguna obra ejerció en aquella época tanto influjo como el "Arte de Amar" de Ovidio. Ovidio no amaba a una mujer, amaba a todas las mujeres. "Mi corazón —dice— no se limita a preferir algunas bellezas; halla cien razones para amarlas a todas." Con una serie indefinida de escándalos y divorcios demostró su fidelidad al gran poema erótico.

Súbitamente el escándalo estalló en la propia casa de Augusto. Su hija Julia, esposa de Agripa y muy tierna amiga del poeta de LAS METAMORFOSIS se entregó a la más desen-

frenada licencia. Mientras Agripa combatía en lo más remoto del imperio, su hogar abandonado se convertía en el centro de una brillante constelación de libertinos. Apio Claudio, Lollic, Sempronio Graco, Escipión, Murena, Lépido, antiguos y nuevos amigos, ociosos y galantes, jugueteaban a su alrededor no menos que sus compañeros de infancia, entre ellos aquel Julio, amigo de poetas y poeta él mismo, a quien Horacio dedicó una de sus Odas. "De noche —refiere Séneca— se la ve vagar por la ciudad en medio de una escolta de amantes, paseando sus vergüenzas por el Foro, y deshonrando con su desfachatez aquella tribuna de las arengas, desde cuya altura había promulgado su padre la ley contra el adulterio. De día, daba sus citas cerca de la estatua prohibida de Marsyas, y allí, mezclada con las peores criaturas de Roma, compartía insolentemente sus viles placeres."

En esta leyenda obra un poco el furor de sus enemigos y el rigor de los historiadores. Augusto se contentó con desterrarla a una isla desierta, castigando así los excesos que arruinaron la vida de Agripa y causaron su prematuro fin a los cincuenta y dos años. Igual suerte corrió Ovidio, quien fue recluido en Tomé, donde bebía leche de cabra y lloraba las delicias de la ciudad de las siete colinas "bajo la tienda de cuero de los sarmatas". En Ovidio el arte helenístico había llegado a la perfección. En el destierro escribió sus elegías, los TRISTES y los PONTICOS. Guillermo Valencia celebró este episodio en tres sonetos de perfección marmórea, alto decoro de nuestra lengua.

Ovidio, defendiendo su obra escribió esta réplica a Augusto, inagotable cantera de donde se han extraído luego los principales argumentos para sostener la indiferencia moral del arte. "Mi ARTE DE AMAR —reconoce Ovidio— no es un libro impregnado de gravedad. Pero, sin embargo, no encierra nada contrario a las leyes; no se dirige, por otra parte a las damas romanas; es una obra ligera, para mujeres ligeras, sin duda, se argüirá; mas una matrona puede participar de este arte destinado a otras. De ser así, una matrona debería abstenerse de toda lectura, pues toda poesía puede ser para ella una escuela de corrupción. Si el vicio la atrae, cualquiera que sea el libro que tome, pronto se moldearán en el mal sus costumbres. De esto no hay que deducir, sin embargo, que toda lectura poética sea criminal; pero no hay ninguna cosa buena que no pueda llevar consigo algún inconveniente. ¿Dónde detenerse, además? Si la poesía lírica es corruptora, los recreos escénicos presentan el mismo peligro. Proscrito, pues el teatro; proscritos todos los espectáculos y las diversiones que son cau-

sa de tantos desórdenes; proscrito el circo donde la joven puede hallarse sentada junto a un desconocido. ¿Por qué dejar abiertos todos esos pórticos, donde se ve pasear a ciertas mujeres y dar citas a sus amantes? Pero los mismos templos y toda la mitología, la pintura y la escultura son inmorales.... Una mujer honrada debe huir también de los templos. El templo de Júpiter le recuerda a cuantas mujeres ha hecho madres este dios... Ante el templo de Marte, obra de su magnificencia, verá la estatua de Venus cerca de la del dios vengador. Venus le recordará a Anquises; la misma Diana al héroe del Latmo... Todo puede consumir la pérdida de los corazones ya corrompidos."

Entre las grandes ideas de Augusto, el triunviro libertino de los primeros años, estuvo siempre emprender una reforma fundamental en las costumbres. Espíritu conservador y constructor, comprendió que la grandeza del imperio no podía fundarse sino sobre la austera moral patricia de los tiempos republicanos. La tradición debía ser la linterna del porvenir. Tito Livio relató en un vasto poema histórico el pasado romano. Virgilio recogió todas las antiguas y confusas leyendas sobre los orígenes del Lacio, escribiendo una grandiosa epopeya nacional que debía ser al propio tiempo la ILIADA y la ODISEA de Roma. Asimismo propuso en sus GEORGICAS el regreso a la tierra, fecunda y poderosa madre de los hombres. De los siglos de la prehistoria, en los campos lejos del bullicio y del ruido de las grandes ciudades, en contacto con el humus removido, el pueblo de Ascanio había encontrado en los campos las inesperadas renovaciones de su vida civil. Y no se podrá comprender el renacimiento del tiempo de Augusto si se olvida esa humilde, pero múltiple actividad, que en la Italia pacificada, dedicábase a sacar de la tierra, todos los días y en todas las estaciones el nuevo vigor de la raza. La agotada aristocracia se veía reemplazada por las nuevas generaciones rústicas, prudentes, austeras, obstinadas y justas. Todo el mundo esperaba un regreso al pasado. "No sólo se creía, —palabras son de Guillermo Ferrero—, que las costumbres privadas, la familia, el ejército, las instituciones; los hombres se habían empequeñecido y corrompido de siglo en siglo, sino que se llegaba a preferir los escritores clásicos, Livio Andrónico, Pacuvio, Ennio, Plauto y Terencio, a los escritores más ricos y animados de la generación de César. Sólo por responder a un sentimiento universalmente difundido había dispuesto el Senado el año precedente que se reparasen los templos de Roma antes que los caminos de Italia, aunque estuviesen estos en deplorable estado. Todos pensaban ahora que si Roma había llegado a tal

grandeza era porque, antes de convertirse en la taberna y en el lupanar del mundo, había sido una ciudad santa, donde invisibles y presentes, dioses innumerables habían velado durante siglos por la salud de los cuerpos y por la rectitud de las intenciones, por la castidad de las familias y por la disciplina de los ejércitos, por la probidad de los individuos y por la justicia pública, por la concordia cívica y por el éxito en las guerras. ¿No habían sido lazos esencialmente religiosos los que habían unido durante siglos la esposa al marido, los hijos al padre, el cliente al patrono, el soldado al general, el ciudadano al magistrado, el magistrado a la república y a todos los magistrados entre sí? Luego era urgente reconstruir con el ejército, la familia y las costumbres de antaño, aquella república piadosa que había conquistado el mundo combatiendo y orando."

Augusto quiso solemnizar el advenimiento de la edad nueva restaurando una de las más antiguas ceremonias etruscas: los juegos seculares, que, como su nombre lo indica, debían celebrarse cada siglo. Un siglo para los romanos no era propiamente una de las unidades de medida del tiempo, sino el período completo de actividades cívicas de una generación hasta su total eclipse. En el canto sexto de la Eneida, Virgilio anunciaba los "ludi saeculares", por los labios mismos de la Sibila Cumea. Esta era una fiesta insólita para los romanos del siglo de Augusto. Según la tradición de los pontífices se celebraron juegos seculares desde 449, después de la caída de los decenviros, luego en 346 y en 249, a fines de la primera guerra púnica y por último, en 149 o 146, cuando Grecia, fue reducida a provincia romana. Estas fiestas religiosas se realizaban en honra de las sombrías divinidades subterráneas Dis Pater y Proserpina.

Augusto resolvió aprovechar en el año 17 un suceso extraordinario para restaurar el antiguo culto: la reaparición del cometa de César. A todas las ciudades del Lacio se enviaron pregoneros, aderezados a la antigua, para anunciar esta fiesta única, que ya nadie volvería a ver. En virtud de un decreto del Senado la fiesta duraría tres días con sus noches.

El pueblo romano había perdido ya la fe en las antiguas mitologías. César se burlaba ya de los dioses en el severo recinto de las leyes. Los libros sublimes ya no eran sino un recurso literario.

"Las fiestas empezaron en la noche del 31 de mayo al 1º de junio —relata un historiador moderno— en el TARENTUM, a la orilla izquierda del Tíber, lugar consagrado desde tiempo atrás a las divinidades infernales. Amontonado en las dos orillas

llas, el pueblo de Roma contemplaba en silencio el fuego de los altares y las iluminaciones que alumbraban en silencio a los oficiantes. La primera noche se invocó a las Moiras griegas, las diosas del Destino, a las que fueron sacrificadas nueve ovejas negras y nueve cabras. La segunda noche los sacrificios y las plegarias se dirigieron a Lítia, diosa de la fecundidad, y, por último, la tercera noche, a la Tierra Madre’.

Augusto mismo pronunció cada vez la plegaria, con arreglo a la fórmula tradicional:

“Conforme prescriben los libros sibílinos por esta razón y por el mayor bien del pueblo romano de los quirites, recibid este sacrificio de nueve corderas y de nueve cervicabras y acoged mi plegaria.

“Aumentad el Imperio y la majestad del pueblo romano de los quirites en la guerra y en la paz.

“Proteged siempre el nombre latino, conceded integridad eterna, victoria y salud al pueblo romano de los quirites.

“Conservad sano y salvo al Estado del pueblo romano de los quirites. Os suplico que seais propicio al pueblo romano de los quirites; al colegio de los quinceviro, a mí mismo, a mi familia y a mi casa.

“Os suplico que recibais este sacrificio de nueve corderas y nueve cervicabras, que os son consagradas y que van a ser inmoladas en vuestro honor”.

El estilo notarial de esta fórmula no estaba hecho para conmover al pueblo romano. Pero Augusto tuvo la feliz inspiración de confiar a su amigo Quinto Horacio Flaco, liberto, hijo de un modesto funcionario de Venusia, la redacción de un canto que debía cerrar las fiestas seculares. Veintisiete mancebos y otras tantas muchachas cantaron alternadamente el nuevo poema. El potente lírico de las ODAS había iniciado ya la reacción contra el espíritu helenístico y contra la corrupción de su tiempo, cantando los benéficos efectos de la paz en versos de melodiosa cadencia. Contra su voluntad seguramente Horacio compuso en honor de Apolo, dios radiante, de las Parcas, tejedoras del humano destino, de Ilítia, Lucina o Genitalis, diosa de la fecundidad, uno de sus más bellos cantos. Es el himno del imperialismo romano. Algunas de estas letanías dicen así en limpia prosa castellana:

“Sol bienhechor, cuyo radiante carro dispensa y arrebatla luz; tú que renaces siempre nuevo, siempre el mismo, que no veas nada más grande que la ciudad de Roma.

“Dulce Italia, tú que abres el seno materno al hijo maduro para la vida, protege a las madres. Poderosa Diosa, dignate ser llamada Lucina o Genitalis, multiplica los hijos de Ro-

ma, protege esta ley conyugal, que debe ser fecunda en ciudadanos.

“Que un ciclo nuevo de ciento diez años vuelva a Roma esos cantos y esos juegos celebrados durante tres días de esplendor, durante tres noches de alegría.

“Y vosotras, Parcas, divinidades verídicas, cuyos oráculos no son engañados jamás por el hado inmutable, añadid felices destinos a los que acaban de cumplirse.

“Que la tierra fértil en cosechas y rebaños, dé a Ceres una brillante corona de espigas. Que aguas salutíferas y un aire puro fecunden los gérmenes en su seno. . . .

“Dioses, dad costumbres puras a la dócil juventud; dioses, dad reposo a la vejez pacífica, conceded a la nación de Rómulo la riqueza, brotes numerosos y toda clase de gloria. . .

“Dios que ves el porvenir, Febo, tú, cuyo arco brilla, el amado por las nueve musas, tú, cuyo arte salutífero reanima las fuerzas agotadas de los cuerpos.

“Si ves con mirada favorable tus altares del Palatino, la realidad romana y el fecundo Lacio, prórroga nuestros destinos por un siglo más, por tiempos siempre mejores.”

En esta forma Augusto asoció la poesía a su gran obra de regeneración nacional. Por solicitud suya escribió Virgilio la Eneida y Horacio cantó los nuevos tiempos. Un soplo lírico está en la raíz de todas las grandes creaciones históricas. La Hispanidad es una canción de gesta. El poema de Rolando es la Francia que adquiere conciencia histórica bajo el cetro de Carlos “emperador de la barba florida”. Jacques Bainville pregunta: “¿Sin los cantos de las secciones de asalto, qué sería del Hitlerismo? Hay que haber oído durante la campaña electoral de 1933, los cantos, los himnos, las representaciones dramáticas, todas las manifestaciones de arte radio-fónico en las que el ruido y la música tenían más participación que las palabras, los discursos subrayados con golpes de bombo, para comprender hasta qué punto el frenesí podía dominar a las muchedumbres alemanas reunidas.” La nueva Italia es la excelsa progenie de Virgilio, de Horacio, de Dante, de Leopardi, de Carducci y de Gabriel D’Annunzio, el lírico potente de los Laudes, el nuevo cantor de Eneas, el legionario del Fiume, precursor del fascismo.

SILVIO VILLEGAS

